

Algunas ideas sobre la poesía para escépticos

JESÚS VILLEGAS SALDAÑA

Director del Colegio María Auxiliadora de Salesianos Vigo

1 Hablemos de poesía en prosa

Cuando algún enamorado de la poesía se propone reivindicarla, lo suele hacer en lenguaje florido, trufando de imágenes y adjetivos su decir. Quiere hacer, faltaría más, una defensa poética de la poesía. Reconozco que mi escritura manifiesta cierta propensión a la retórica (me encantan los tirabuzones verbales como al que más) y la tentación del hablar poético me asedia. Pero mi objetivo primero será aproximarme hoy a esta forma de la expresión artística al revés, en mangas de camisa, de manera llana y directa: en prosa pura, limpia y despejada. ¿Para qué? Para no espantar a nadie. Si comenzara ahora a empedrar mi discurso con citas de versos; si optara por escribir este artículo en prosa repujada o en el idioma *iluminado* de los tocados por

el *estro* (¡toma ya!) poético, que es lo que me pide el cuerpo en este asunto, creo que conseguiría aumentar el rechazo de los renuentes, sin ganar ningún adepto más firme entre los fervientes defensores de tal práctica...

TÁCHESE PUES EL PÁRRAFO ANTERIOR POR PEDANTE y pongámonos manos a la obra: hablemos de poesía en prosa.

"Yo con la poesía no puedo"; "es que es muy difícil", "cuando leo un poema no entiendo nada", "la poesía es falsa, petulante, repolluda, antinatural y risible", "un rollo para minorías". Pues sí, te doy la razón: algo de todo eso tiene la poesía cuando entras en sus dominios de mala manera. Sin embargo, constatadas esas evidencias, no me podrás negar que hay canciones cuya letra te conmueve. O, si todavía quieres que te lo ponga más fácil, seguro que

existen versos, máximas, frasecillas o pintadas que por un momento, al ser leídas o escuchadas, chisporrotean en tu interior. Fíjate que voy a ir más allá: me atrevo a aventurar que, aunque todo lo anterior te deje indiferente, alguna palabra habrá en el idioma cuyo sonido escuches con un escalofrío o algo así... Si damos por buenas estas experiencias (es decir, la tendencia a que ciertas manifestaciones verbales produzcan una suerte de satisfacción difusa en ti al ser escuchadas o leídas), y aceptamos que en todas esas formas mencionadas despunta algo que podemos calificar de poético, concluiremos, en fin, que tu rechazo de la poesía es, sin duda, exagerado.

“Ya, ya, no me cameles: yo te hablo de leer unos versos de un poeta de los famosos: fray Luis, Quevedo, Lorca. Eso sí que no... Los del colegio, vamos”. Vale, vale: empate a uno. La escuela a veces se pasa. No es de recibo pretender que alguien sin predisposición de ningún tipo acceda al mundo de lo poético por la puerta más grande e historiada, porque lo hará a tropezones. Soy profesor de Literatura y me consta que la repelencia que genera el verso en muchas ocasiones la origina la propia poesía administrada a bocajarro, según lo dicta el temario, sin tener en cuenta la condición de los alumnos. Aquí encajaría muy bien la típica soflama en favor del docente como mediador entusiasta, la necesidad de combinar lectura y creación para contagiar aprecio por tan deslumbrante ejercicio... En fin, una matraca que hemos oído muchas veces y que, sin ser falsa, al final tiene por objeto distraernos de lo más evidente: que, querido tú, tienes toda la razón, la mejor manera de conocer la poesía, la más democrática, no puede ser la lectura de los ejemplos de la historia de la literatura del manual. Aunque se pueda y se deba, aunque muchos profesionales entregados lo consigan, me parece un camino mucho menos transitable hacia el goce estético que otros menos accidentados... Pero fray Luis,

y Quevedo, y Lorca son maravillosos, ¿eh?, lo único que uno no se desayuna con un cocido si no tiene el estómago preparado a las ocho de la mañana para semejante manjar, tú ya me entiendes...

2 Poesía no es poema: mentira gorda

Bécquer tenía mucha razón y, paradójicamente, ha hecho mucho daño. Me explico: en una de sus rimas más famosas (que no voy a citar y solo parafrasearé hasta donde sea necesario, emoticono de circulito guiñando el ojo) defiende que siempre existirá la poesía, aunque desaparezcan del mundo mundial los poetas y los poemas. ¿Por qué? Porque para él lo desconocido, los sentimientos, la naturaleza, el amor, lo femenino, entre otras muchas realidades, son, en sí mismas, sin necesidad de la mediación del lenguaje, poesía. Luego puede haber alguien que intente atrapar/expresar en palabras esas experiencias tan humanas, pero la poesía ya estaba ahí, en la vivencia vibrante de todo lo anterior, aunque no se concretara en poema.

Parece fácil estar de acuerdo con Bécquer. Y nos alivia: todos somos poetas, pues todos sentimos (a no ser que seamos de corcho) con intensidad en algunos momentos la grandeza-el milagro-la plenitud-la maravilla-la incógnita de lo que nos rodea o de lo que nos habita. Faltaría *plus*. Pero eso, amigo, para mí al menos, no es poesía. Yo lo llamo de otras maneras (verdad poética, intuición del misterio, revelación, goce estético, emoción), pero no poesía, insisto.

Siento cómo se abalanzan sobre mí críticos, estudiosos, expertos de todo pelaje... Me da igual. Yo he venido a hablar de ese fenómeno que se produce al juntar palabras procurando, entre otras muchísimas cosas, cierta musicalidad en su relación. Si la poesía no puede reci-

tarse, leerse o cantarse, si no está amasada en una lengua, nos hallaremos ante otra forma de vida o de arte, espléndida sin duda, pero que no merece el nombre de poesía porque no usa su material fundamental para articularse, el lenguaje verbal.

No pasa nada, no estamos renegando de ese-yo-qué-sé-qué que Bécquer llama poesía, tan necesario. Solo afirmo que el ser humano es propenso a la experiencia estética por naturaleza, pero solo en algunas ocasiones recurre al poema como vía de expresión o de disfrute de dicha experiencia. Se me dirá que a veces en otras formas artísticas se reconocen ciertos rasgos de lo poético (se habla del lirismo de tal o cual película, cuadro, melodía) y estoy de acuerdo, porque todas las artes están conectadas por la raíz; pero, amigo, la poesía se escucha o lee, en prosa o en verso, repito, SE ESCUCHA O SE LEE. Palabras, palabras, palabras, en fin.

De toda mi exposición se puede deducir algo así como que la poesía es una forma de expresión de la literatura, mientras que lo mal/bien llamado "poético" (verdad poética, revelación, goce estético...) es un cierto sentir, originado en el ser humano cuando se desatan en su espíritu emociones intensas y profundas al exponerse a la bofetada siempre gratificante de la belleza.

A mí, no sé a ti, esta aclaración de términos me alivia. ¿Qué aclaración? Pues esa de que la poesía no está solo y exclusivamente en los poemas, y que llamaremos mejor de otra manera al efecto que producen en nosotros los productos artísticos u otro tipo de realidades conmovedoras. Todos necesitamos, en fin, de ese no-sé-qué (belleza, verdad estética o poética, etcétera, etcétera) para dotar de más sentido nuestra vida. Y la realidad está tan llena de esa forma excelsa de la belleza-verdad que puedo proporcionarme a diario un fes-



tín de ella, aunque resulte insensible a algunas de sus epifanías. Resumiendo y terminando: que si no te gusta la ópera, la poesía, el cine mudo, la música clásica, la pintura abstracta o el *Quijote* no pasa nada, chaval, siéntete libre y humano, porque siempre te quedará la luna, la arquitectura o un buen cómic para saciar tu noble apetito de hermosura.

Dicho lo cual, permíteme que siga comiéndote la oreja con la necesidad de la poesía, que solo estamos empezando.

3 Buenos tiempos para la lírica

Te vas a creer que me dedico a llevar la contraria por capricho, pero no es verdad. Que esta tercera idea se titule como se titula solo puede deberse a mis ganas de ser original a toda costa, ¿cierto? Pues no, pienso honestamente que nuestra época, con todo lo que tiene de materialista, prosaica, histérica, superficial, desustanciada (los adjetivos aquí podrían ser legión, todos igual de feos), sin embargo presenta algunas características que podrían considerarse idóneas para que la poesía recobrara su antiguo valor. No, no insistiré en el éxito de los nuevos poetas jóvenes, nacidos a la sombra de internet, con sus blogs, sus recitales multitudinarios y sus exitosas publicaciones, aunque tengo que reconocer que semejante fenómeno se beneficia de esa situación propiciatoria. Te propondré otros argumentos. Vayamos por partes, que diría Jack el Destripador.

La poesía tiene una ventaja sobre otros géneros literarios que no podemos olvidar: se lee en un pispás. Hay poemas largos y tendidos, pero, en general, la lectura de una obra completa (cada poema lo es) no nos lleva más de cinco minutos. Sí, sí, no me mires con esa cara: un poema es, en sí mismo considerado, como un cuadro o una escultura, es decir un texto íntegro, abarcable, que uno puede conocer/

degustar en un rato. Ya, se me tachará de materialista, prosaico, histérico, superficial y todo lo demás, pero se trata de un punto de partida incuestionable: los poemas no nos exigen, en un primer momento, mucho de nuestro preciado tiempo. Pongámonos capitalistas: imagínate que lees un poema cada día durante un año y le dedicas cinco minutos, venga no, diez para sacarle parte de su jugo: al cabo de doce meses tu patrimonio habrá engordado hasta las 365 lecturas poéticas sin apenas despeinarte... Lo que luego pueda pasar entre el poema y tú lo hablaremos más adelante, pero la inversión inicial me parece cuanto menos asumible en nuestro mundo *hiperocupado* y amigo de la rentabilidad a toda costa.

Otro detalle: la mayoría de los poemarios pueden abrirse al buen tuntún, no exigen un orden de lectura. Ese moverse por los libros a salto de mata no me digas que no lo encuentras muy semejante a otras prácticas actuales del mismo tipo: zapeo, navegación digital, tapeo gastronómico... Sentirse libre ante una obra, no tener más obligación que el espiqueo resulta cuanto menos tranquilizador. De nuevo estoy argumentando banalidades (que si los poemas son cortos, que si no me tengo que leer todo el libro ni en el orden aconsejado...), lo sé, y casi me avergüenzo de semejante artimaña... Esperemos que todo esto, al final, nos lleve más lejos.

Algo más: el *twitter*, el *whatsapp*, el *Instagram* son redes sociales o herramientas de comunicación que se alimentan, en muchas ocasiones, del ingenio lingüístico, la ocurrencia en palabras, la cita, la frase relampagueante y breve. Si en mi segunda idea avisaba de que la poesía es cuestión de palabras, aunque lo poético rebose en otras formas del mundo, ahora puedo afirmar que en esos destellos verbales hay poesía, más allá de la poca relevancia estética de lo enunciado. Un trabalenguas, sí, pero importante, porque insinúa que

tres o cuatro palabras bien conjuntadas constituyen un amago de poesía, una poesía todavía balbuceante e iniciática, pero poesía al fin y al cabo. Y nos rodea este tipo de jugueteos intrascendentes. O sea, que vivimos en un contexto en el que, aquí y allá, encontramos masa de poesía en bruto a patadas.

Y aún hay más: a la brevedad, a la posibilidad del picoteo, a la abundancia contemporánea del apunte poético, le podemos añadir la recuperación de la conmoción/emoción/sentimiento como necesidad perentoria del ser humano en la fría sociedad de nuestro tiempo. Frente a los excesos del racionalismo que de la Ilustración a hoy nos han ido aplastando, se reconoce en las últimas décadas un interés (honesto o interesado) por reactivar el lenguaje del corazón, tan desprestigiado... Ay, que me voy a la *pseudopoesía* en mi escritura: en fin, que necesitamos que nos lleguen otra vez a la patata y en ese terreno la poesía tiene mucho que decir...

4 Una casa con mil puertas

Demos un pasito más. Me decías al principio que la poesía era difícil y antinatural. Incluso la tachabas, con cierto gracejo, de “repolluda”. Entiendo por dónde van los tiros. Y de nuevo tengo que reconocer que tus afirmaciones podrían ilustrarse con mil y un ejemplos. Hay poemas imposibles de entender: tocado; los hay que están escritos en un idioma que solo se parece al que utilizamos todos los días en que combina vocales y consonantes: tocado; y, por si fuera poco, en muchos casos se confunde lo altisonante, lo emperifollado, la rima fácil o el arrebato *sentimental* con el lirismo: hundido.

Ahora démosle la vuelta a la tortilla. Por esa misma regla de tres, si jugamos a la casuística, junto a tan engorrosas muestras del arte del verso (difíciles, antinaturales, engoladas),

puedo encontrarme con otras mucho menos ásperas, más simpáticas, al alcance de cualquier espíritu curioso. Porque la poesía, como cualquier otro arte, tiene tantas escuelas, tendencias y voces, se manifiesta de tantas y tantas maneras, que no pueden generalizarse sus propiedades o sus defectos sin caer en la simplificación. Puedo entrar por mil puertas a la misma casa. Unas están abiertas de par en par, otras se me ofrecen entornadas, algunas parecen cerradas a cal y canto; unas nos conducen a habitaciones iluminadas y otras a rincones más bien sombríos de ese lugar; las hay secretas y otras bien visibles... No te endilgo más metáforas porque corro el riesgo una vez más de despeñarme...

¿Que te gusta la métrica rigurosa, el verso “a sílabas contadas”, la estrofa clásica? Bien. ¿Que prefieres el verso libre, el ritmo interior, la prosa poética? También bien. ¿Eres amigo de la poesía que habla de lo de todos los días? Tenemos. ¿Te apetece más ponerte extraordinario y frecuentar el reino de lo excepcional? También nos queda... ¿Poesía de ciudad o de naturaleza? ¿Que lo dice todo sin tapujos o que sugiere e insinúa? ¿Realista o surrealista? ¿Pura o sucia? ¿Mística o mítica? ¿Celebrativa o elegíaca? ¿Racional, sensorial, irracional? Un surtido cajón de sastre, como el de cualquier disciplina.

Por no aburrirte con clasificaciones, me quedo con tres formas de organizar todo este batiburrillo que pueden resultarte de utilidad:

- Están los *poetas que creen en la claridad y están los que confían en los secretos de la oscuridad*. Los primeros hablan de manera directa, transparente diríamos; los segundos llenan su discurso de agujeros, zonas de sombra, alusiones. Los primeros conversan; los segundos nos hacen partícipes de sus revelaciones, se expresan como oráculos. A los partidarios de la línea clara se les entiende; a los que apuestan por la línea oscura como mucho podemos sentirlos,

dejar que el viento de sus crípticas palabras nos sople por dentro; intentar descifrar su supuesto mensaje original resulta a veces costoso, por momentos imposible, siempre impropio. Mientras que los amigos de la transparencia buscan transmitir, los segundos, los opacos, pretenden transportarnos (Esto no he sabido decírtelo en *román paladino*, lo reconozco...).

- Segunda distinción: Están *los poetas que creen en la belleza de la cara lavada y los que lo fían todo al encanto de la cara bien maquillada*. Se trata de la preferencia entre desnudar al máximo el verso o revestirlo a base de mil y un adornos verbales. Me refiero, en resumen, a la distinción entre los que escriben como hablan y los que lo hacen de manera premeditadamente impostada, inventando un idioma embellecido para sus versos. Los estudiosos hablan de clásicos y barrocos, antirretóricos o retóricos, si te sirven los tecnicismos. Amigos del caballo, los primeros, o del corcel, los segundos.
- Tercera y última: hemos hablado de poesía clara y poesía oscura, de poesía desnuda y poesía vestida de gala. Me faltaría añadir otra posible dicotomía para quedarme tranquilo (habría muchas otras formas de organizar este tinglado, no quiero ser abusón): *la que distingue a los poetas de la existencia/experiencia de aquellos que aspiran a desvelar las esencias*. En el primer caso, el creador presta una atención máxima a los fenómenos, los hechos, las cosas que nos rodean y que se captan, en primera instancia, a través de los sentidos. En sus versos miran, oyen, huelen hasta el colmo del mirar, del oír, del oler... El segundo tipo de poetas, aun apoyándose en lo real físico y sensible como punto de partida, se catapultan inmediatamente hacia lo que está más allá: la realidad invisible, lo inmutable, lo que se camufla detrás de las apariencias... Unos son poetas que sienten, otros más

bien contemplan, se abisman, radiografían; los primeros ejercen de amigos de la palabra, los segundos tienden al silencio... La fuerza de lo real versus el poder de lo simbólico... Y lo dejo, que me está resultando muy difícil hablar en prosa de estos intrínsecos de la poesía.

5 Mil puertas, sí, pero una única casa

Seguro, pues, que en esta multiplicación de posibilidades, en estas mil puertas, habrá alguna que te permita entrar a la casa sin tener que agacharte demasiado. Una vez dentro, si seguimos jugando con esta imagen, ¿qué te vas a encontrar? Porque, al final, la casa es la misma para todas las puertas, esa casa que hemos llamado poesía. Hemos llegado a lo más peliagudo, de qué estamos hablando cuando hablamos de poesía. ¡Puff! El tema me estimula y me da pereza. Hay millones de poéticas, innumerables teorías, tratados, formulaciones de los propios poetas, metapoemas a porrillo que intentan acertar con la fórmula de tan singular preparado. Yo me conformaré con describirte algunas propiedades de la poesía, precisamente aquellas que tienes que aceptar sí o sí si al final te animas a frecuentar tan singular morada.

Ya me he referido a que la poesía se construye con palabras. Parece obvio, pero hemos visto que no lo es tanto. También he insinuado en las líneas anteriores que poesía y música van de la mano: me parece que poesía sin ritmo, sin eufonía al menos, no es poesía. Ambas propiedades, fíjate qué curioso, se oponen y se complementan, se atraen y se repelen. La poesía, por ser palabra, pasa primero por nuestra inteligencia verbal (debo llegar de los sonidos al sentido, del significante al significado) antes de arribar al corazón, al alma, al espíritu o donde quiera que acabe aterrizando; la poesía, por ser musical,

impacta primero en nuestra sensibilidad para lo armónico, situada en otra parte del cerebro (o en el corazón, el alma, el espíritu) antes de posarse en esa zona de nosotros que decodifica los mensajes verbales. ¿Cómo que primero al cerebro y primero al corazón? Pues sí, en esa paradoja (la palabra que es música – la música que es palabra) se juega el sorprendente efecto que produce en nosotros el lenguaje poético.

Aquí entra el asunto de entender la poesía. Yo siempre digo que hay poesía que se entiende de la primera a la última palabra y otra que no se entiende o que se entiende parcialmente, pero ambas, para resultar valiosas, deben **COMPRENDERSE**, es decir, deben afectarnos íntimamente o no nos sirven. El entendimiento nos remite a la razón (entender, en estas circunstancias, supone poner en práctica el ejercicio de descifrado de mensajes), mientras que en la comprensión entra más en juego la intuición, la sensibilidad, nuestro lado no consciente. Por ser logos, la poesía reclama ciertas o profundas (según la puerta por la que haya accedido a sus dominios) dosis de entendimiento; por ser música, precisa siempre comprensión. Una sinfonía no se entiende, pero algo nos comunica en su idioma intraducible: así también la poesía, con la salvedad de que las notas que maneja son palabras y estas persiguen sin remedio el sentido... Paradojas, paradojas, paradojas.

Más propiedades; estas, las incómodas, las que entran en colisión con lo peor de nuestra forma de vida (eso que yo intentaba dorar en mi segunda reflexión). Solo las enumero, porque creo que no requieren muchas explicaciones:

- Mientras otros textos (una novela, un reportaje) se leen hacia delante, sin detenerse demasiado en cada línea, la poesía se lee hacia dentro. Cada palabra está elegida a conciencia y eso adensa, concentra la expresión y exige profundizar en lo leído/

oído. Cuando te hablaba de diez minutos de lectura, uno suele ser de lectura hacia delante y nueve de inmersión-buceo-lectura hacia dentro.

- Todo poema dice el diez por ciento y calla el otro noventa. Cuando te hablaba de diez minutos de lectura, uno sirve para escuchar lo que dice el poema y los otros nueve para recrearse en su silencio (¿no te has fijado que en los poemarios lo escrito ocupa mucho menos espacio que los espacios en blanco?: pues por esto es).
- Más y acabo: toda poesía aspira a hablar de lo que es muy difícil mencionar, lo inefable (inefable: ejemplo de palabra-pura-poesía). Otra paradoja: cómo enunciar aquello para lo que no hay palabras. De esta exigencia tremenda, usar la palabra para nombrar lo innombrable, nace esa sensación de dificultad que, en realidad, en los mejores casos, surge del efecto que en nosotros produce lo escuchado por primera vez, a menudo en un idioma nuevo que se está creando mientras surge el poema...

6 Vayamos poco a poco

Llega la hora de ir concretando. Por ahora he mariposeado en los alrededores de la poesía, he renegado (solo un poco) de la poesía de manual, he clasificado el género así y *asao*, he apuntado propiedades... Pero del qué leer, ni *flagüers*. Pues bien, te propondré un itinerario, un plan de lecturas que te lleve sin prisas del cero a la izquierda al cero a la derecha.

Como te decía al principio, la poesía se encuentra en productos que van de la mera píldora poética al poema épico de extensión mastodóntica. Puesto que tú me has confesado que me escuchas porque te tengo atado a una silla y que a ti la poesía te deja frío e indiferente, te aplicaré el tratamiento menos agresivo en estas circunstancias: iremos de la píldora al mendrugo, del mendrugo al pis-

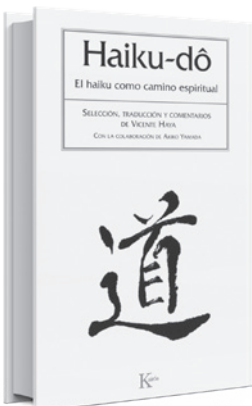
colabis y así. Fíjate que en un momento he manifestado que no pasaba nada por no leer poesía: al final intentaré demostrar, como tú te oías, que la poesía es ABSOLUTAMENTE NECESARIA (exagero, sí, aunque en realidad no) Y NO ES INTERCAMBIABLE POR NINGUNA OTRA PIEZA ESTÉTICA. Abro estos dos melones y me remango.

En mi reflexión inaugural hablaba del destello poético como primera evidencia de nuestra inclinación a la poesía. Pues bien, en los últimos años se han puesto de moda las recopilaciones de **aforismos**. Si se le añade el adjetivo *poético* al asunto, ya lo tenemos, pildorilla al canto. El aforismo poético, como su nombre indica, se caracteriza por aunar brevedad, ingenio y lirismo. A la manera de las *greguerías* que estudiaste en la escuela, vamos. Podría citarte algunas antologías, pero ni siquiera lo considero necesario, se encuentran sin problema (bueno, solo una: **Fuegos de palabras**, seleccionada por Carmen Camacho). Antes decía que un poema se tarda en ventilar diez minutos: un aforismo precisa incluso mucho menos. Eso sí, como un caramelo duro, nos da para rato su paladeo en boca. Un consejo: no te recomiendo la lectura prolongada de este tipo de escritos, pues la ingestión continuada de pinchos líricos de autor puede llevarte a aborrecer tal forma de gastronomía.

Si damos un paso más allá, no hay composición más sintética, evocadora y llena de encanto que el **haiku**. ¿Que qué es eso? Pues una forma métrica de origen japonés compuesta solo... por tres versos, para más inri, de arte menor (cinco, siete y cinco sílabas respectivamente). Hemos pasado de la pildorilla al mendrugo. Aquí me voy a permitir la licen-

cia de realizar un par de recomendaciones. Vicente Haya en la editorial Kairós ha publicado su interesante **Haiku-Dô: El haiku como camino espiritual**, de estimulante lectura. En otro sentido, tenemos en España una poeta (me gusta más que poetisa) que cultiva el género con una maestría incontestable: se llama Susana Bennet y la editorial Renacimiento publicó en su día sus haikus reunidos bajo el título **La enredadera**. Para empezar, estás servido.

Pildorilla (aforismos), mendrugo (haikus)... Hemos llegado al pisco-labis. Si te das cuenta, en mi practicidad insulante, he optado por el tamaño como burdo criterio de selección. A menos extensión, menos problemas de digestión. Patético, lo reconozco. Ahora me voy a agarrar a otra motivación pedestre: lo común del producto. Para el final dejo un recurso al alcance de cualquier mano, pezuña incluso. Me refiero a las **canciones**. El parentesco profundo de poesía y música daría para un tratado y aquí ya se ha expuesto ese vínculo estrecho: la musicalidad es consustancial a la poesía (lírica viene de lira, por si no habías reparado en el palabro); pero es que, además, la poesía surge como canto, se propaga de generación en generación cantando, para llegar hasta hoy en día y reencarnarse en letra de canción pop-rock-rap. Vale, vale: la mayoría de las canciones que escuchamos deberían tacharse, con piedad, de infames. Sin embargo, en ese aluvión de palabrería de desecho brillan con luz propia voces que arpegian poesía de verdad... No pretenderé ser original, así que te recomiendo que empieces con escuchar/leer las composiciones de Serrat, Sabina, Fito Cabrales, Roberto Iniesta,



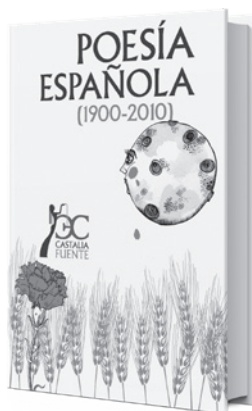
Migue Benítez, Jorge Drexler, Pedro Guerra, Víctor Manuel, Melendí (por qué no) o, en la línea de poesía más oscura, Silvio Rodríguez, Guille Galván, Santiago Auserón...

7 Hojeando antologías y frecuentando otros mundos

Ya estás dentro, chaval. Has empezado a coquetear con la poesía. Tanteas, pruebas, repites. Y me dices: vayamos un poquito más lejos, que con aforismos, haikus y canciones no tengo a estas alturas ni para un diente. Regálame un libro, de esos que se pueden leer en el metro o en el baño (poesía y retrete, una nueva paradoja) sin compromiso de continuidad, al azar si se tercia. Aunque tú no lo sepas, el cuerpo te pide una antología, una selección de poemas de diferentes épocas, libros, autores, temas o lo que fuere.

Amo las antologías de poemas. Son un bazar surtido donde suelo toparme con versos maravillosos que me ponen en la pista de poetas a los que luego sigo y acabo convirtiendo de los míos. Para pasar del piscolabis a la merendola no hay mejor inversión. Ja, ja, ja: me dices que necesitas una antología de antologías, una selección de ellas entre cuyas flores mariposar, ¿eh? Te voy a dejar estas cuatro que tengo aquí en mi biblioteca para que las manosees en el orden que te propongo.

- Primero ***Poesía española (1900-2010)*** de la editorial Castalia. El poeta Juan Lamillar selecciona con un gusto irreprochable cincuenta y seis poemas de nuestra poesía contemporánea, todos ellos memorables, los ordena alrededor de seis temas (la vida, autobiografía, la infancia/juventud, el amor, la poesía y la muerte) y remata la faena con una guía de lectura tan clarificadora como básica. Abarcable, sencillo, precioso.



- También te presto ***Los 130 mejores lectores de poesía eligen los mejores poemas del siglo XX que, por algunas razones, aprecian por encima de cualesquiera otros***, publicada por Visor al editarse el número 500 y que, con semejante título kilométrico, no necesita más presentación. A zambullirse tocan.
- Toma este, ***Nuestra poesía en el tiempo (Una antología)*** en Siruela, seleccionada y prologada por Antonio Colinas. El fantástico poeta leonés recorre la historia de la literatura en español desde sus orígenes (tiemblas: los poemillas de los libros de texto, lo sé, pero ya estás a punto para someterte a la prueba del algodón) y escoge lo mejor de lo mejor y, de lo mejor, lo superior. No sobra ni un verso y, por si fuera poco, el prólogo me parece soberbio en su propósito de vender al neófito la misma moto que yo te estoy vendiendo.
- El último que te llevas es este (los cuatro con vuelta, ¿estamos?): ***Subir al origen. Antología comentada de la poesía occidental no hispánica (1800-1941)***, un trabajo de José María Castrillón en ediciones Trea, que recorre de forma didáctica lo esencial de la poesía moderna occidental. Con estos estarás a punto de caramelo para tu conversión...

Seguro que unos poemas te habrán llevado a otros del mismo poeta y este te habrá presentado a sus hermanos del alma. Y así, saltando de uno a otro, el inabarcable reino de la poesía se te habrá descubierto sin fronteras. Puede suceder que padezcas agorafobia y que entre tantas opciones te bloquee. ¡Mira! Allí hay una encrucijada, la que conduce de la merendola al banquete. Yo ya he transitado las tres sendas que allí se abren. Te las presento...

- *A la derecha*: la senda de los poetas del silencio, o sea, de los que adelgazan tanto su expresión que pretenden mediante tres o cuatro versos de máximo despojamiento que nos asomemos al abismo del yo-qué-sé-qué. Sus poemas son poco extensos pero muy, pero que muy intensos. Están los clásicos (buscador de google y ya los tienes: en español, Ada Salas, Siles...); yo descubrí hace muy poquito a Hugo Mújica en **Barro desnudo** y te lo recomiendo encendidamente, me encandiló. También siento devoción por José Corredor-Matheos, que desde **Carta a Li Po** ha cultivado una poesía de resonancias budistas que llega al fondo...
- *A la izquierda*: la callejuela de los poetas urbanos, conversacionales, impuros... Buscan la comunicabilidad, el lenguaje directo, a veces desgarrado, a veces irónico. Hablan de lo cotidiano con desparpajo y soltura. Van del realismo sucio al romanticismo de nuevo cuño. Son hijos de Gil de Biedma, del genial Ángel González. Si te asomas a una librería, allí están: su estandarte actual, Karmelo Iribarren; de los fundacionales, Javier Salvago y Roger Wolfe; el más camaleónico, diverso y magistral, Luis Alberto de Cuenca; el más comprometido, prolífico y prosaico sin caer en lo banal, Jorge Reichmann... Por citarte algunos, pues son legión.
- *De frente*: la avenida de los poetas de la aparente sencillez, de la verdadera autenticidad, los clásicos de hoy. Entendibles, entrañables, profundos, maduros y cuajados, más para adultos que para jóvenes, imperdibles a pesar de ello. Cito a mis tres de cabecera, solo con el último libro que de ellos he leído y que guardo como oro en paño (este no te lo presto, majo): Miguel D'Ors (**Manzanas robadas**), Eloy Sánchez Rosillo (**Quien lo diría**), Andrés Trapiello (**Y**). También te recomiendo **Sin ir más lejos** de Fermín Herrero, un libro de consumada serenidad y hondura.

8 Poesía necesaria

Pensamos sobre todo con palabras; nos comunicamos fundamentalmente mediante palabras; gracias a las palabras organizamos lo que sentimos, le ponemos orden al magma de nuestra emotividad. Pensamiento, sentimiento y relaciones humanas se sostienen, pues, en gran medida, sobre los pilares del lenguaje. No hemos encontrado herramienta más dúctil, más poderosa, más delicada para asomarnos a lo que somos, a lo que anhelamos, a lo que sentimos. Hay otras formas de introspección y de expresión, sí, pero ninguna tan dotada para la sutileza y la profundidad, para el matiz y la exactitud. Como una mano, modela con tacto lo que dice; como un ojo, observa al detalle, vislumbra, analiza cuanto enuncia. La palabra es nuestro órgano total, definitivo, el más admirable, vivo, polifacético.

La palabra no puede considerarse, por consiguiente, un medio más de expresión. La palabra nos distingue por encima de cualquier otra cualidad. Somos fruto de nuestra condición de seres parlantes. La poesía, desde este prisma, resulta imprescindible. En ella se quintaesencia ese ser nuestro en-por-para la palabra. El uso más ardiente de la palabra, el más arriesgado, el que llega más lejos en su aventura indagatoria de lo pensado/sentido/comunicado encuentra su manifestación excelsa en la poesía.

Creer de espaldas a la poesía constituye, para quien esto escribe, una amputación, una carencia grave. Debemos frecuentar la poesía. En un mundo de lo visual desatado y caótico, el orden armónico del poema; en un mundo de lo virtual, la consistencia real del poema; en un mundo del ruido, el silencio conquistado por el poema; en un mundo superficial, la hondura del poema; en un mundo de la no escucha, la exigencia de escucha absoluta del poema; en un mundo de la evidencia, las mil

lecturas posibles del poema... Se puede vivir sin danza, sin cine mudo, sin ópera... Y se puede vivir sin poesía, nadie lo duda, aunque de una forma torpe, anémica, incompleta...

Me he olvidado de ti y te he hablado de malas maneras, a lo vate... No, amigo: después de tu itinerario estás en condiciones de sopor-tarme, por eso me he permitido esta soflama. Vamos a ir llegando al final. Nos aguarda la última estación, la de las grutas más secretas...

9 Poesía y misterio

¿Te acuerdas de ese “hablar de lo inefable” al que nos referíamos antes? ¿Te has quedado con la idea de lo importante que es el silencio en la recepción (y concepción, por supuesto) de la poesía? ¿Debo repetirte eso de la “lectura hacia dentro” que exige todo poema? Esas tres características, por no citar otras (que voy a acabar citando: la celebración-admiración de lo creado; la importancia del sentimiento, sobre todo amoroso, como motor de la escritura poética; la tentativa de revelación de lo que está más allá de lo visible...), bastarían para constatar el estrecho parentesco que la poesía guarda con lo... ¿Con lo? Aquí se abriría todo un jardín de posibilidades terminológicas, cada una con su matiz: lo sagrado-lo religioso-lo metafísico-lo absoluto-lo divino-lo místico. Como no estamos para elucubraciones a estas alturas, me conformaré con resumir esos lazos de sangre en la idea de que todo poema, si lo es de verdad,

apunta hacia el misterio y, por tanto, la poesía, por esa misma razón, puede constituir un camino expedito de acercamiento a Dios. Ojo: no digo que todo poema sea necesariamente una manifestación de fe, ni mucho menos (hay poesía atea, indiferente y creyente, poesía desesperada y esperanzada, poesía agresivamente crítica con el hecho religioso, ajena al mismo o fervorosa: véase el asunto “tipos de puerta”), pero sí considero que la lectura de poesía es una experiencia de índole espiritual. Si estamos abiertos a la dimensión religiosa, activará procesos interiores y actitudes emparentados con los que ponemos en juego al celebrar, contemplar, meditar u orar; si no, quizás nos aproxime a esa ribera y abra en nosotros una grieta hacia ese ámbito...

La poesía propicia un doble movimiento de interiorización: cuanto más nos sumergimos en los pliegues de la palabra, más nos internamos en nuestra propia intimidad y allí, en esas cavernas profundas, no es extraño que Dios asome. Para los cristianos, la contemplación y la acción deben caminar de la mano. Interior y exterior, yo y prójimo se reclaman mutuamente. Y este segundo dinamismo, el que lleva al encuentro fraterno y comprometido con el otro, también la poesía lo facilita. Y no me refiero solo a la poesía social, sino también a la evidencia de que la experiencia poética nos proporciona un mayor conocimiento de nuestra condición que es, en sí mismo, si es auténtico, una invitación al encuentro, la comunicación y la lucha por la rehumanización del mundo...



Y hasta aquí. Lo dejo por motivos de espacio, que no por ganas de callarme. Todo lo demás te lo dirán a media voz ellos desde sus versos, los poetas.

10 Descartes varios e invitaciones sin fin

Llevo pensando en este artículo mucho tiempo. He barajado enfoques posibles para, al final, decantarme por este. En el recorrido que me ha llevado hasta aquí me han acompañado mil y un recursos, lecturas, propuestas. Permitidme que en rápido esbozo os apunte algunas direcciones que no transité, pero que a vosotros pueden resultaros estimulantes:

- MÁS ANTOLOGÍAS: Dos libros para profundizar en la lectura y comprensión de la poesía: **Antología comentada de la poesía lírica española**, de María Paz Díez Taboada, en Cátedra, y la monumental **Hacia la democracia. La nueva poesía (1968-2000)** de Araceli Iravedra, en Colección Visor de Poesía. Otra recomendación: la colección de antologías de Renacimiento, una fantástica selección de poetas de nuestra lengua en libros que caben en un bolsillo y permiten conocer lo más granado de nuestra lírica actual y algunos clásicos. Tampoco quiero olvidarme de la importantísima labor como antólogo de José Luis García Martín (**La generación de los ochenta**, **Treinta años de poesía española**, **Poetas del Novecientos**, por citar tres de sus trabajos imprescindibles), un buen guía en el panorama de la poesía española contemporánea. Su blog de crítica literaria, **Crisis de papel**, ha sido para mí una referencia continua en los últimos años.
- ALGUNOS ESTUDIOS QUE TUVE ENTRE MANOS: En *Razón y fe*, en el número 1416, **Las huellas de Dios en veinte años de poesía**; en *Misión Joven*, en número 478 **Poesía para educar**; en *Vida Nueva* números 2762

y 2785, dos pliegos completísimos dedicados a Dios en la poesía española del siglo XXI; en el número 2996, otro titulado **Místicos, poetas y otros**. En otro orden de cosas, está muy reciente la publicación de **Introducción básica a la poesía** de Francisco Torres Monreal, en Cátedra, un libro siempre apasionado, por momentos inspirador y certero, a tramos demasiado divagatorio. Recomendable, a pesar de todo, por hablar de lo que habla desde el conocimiento profundo y el entusiasmo.

- POESÍA EN EL AULA: Hay mucho publicado, con iniciativas para, sobre todo, incentivar la escritura. Podría haber explorado este camino, aunque al final opté por no seguir esos derroteros. Quiero, no obstante, recomendar el libro de Pamiela Pedagogía **Va de poesía** de Victor Moreno, en una edición muy cuidada, como todas las de ese proyecto editorial de promoción de la lecto-escritura.
- DE LO QUE IBAN A SER CIEN DE POESÍA: Todo surgió de la idea de escribir una serie de artículos con cien recomendaciones en diferentes ámbitos del arte. Cien cómics (que se quedó en la publicación **Veinte paseos por el mundo del cómic**), cien películas de animación (que encontró cabida en un par de números de esta revista), cien lecturas de literatura juvenil y así sucesivamente. Reduje mi ambición y, de aquel primer proyecto, quiero rescatar al menos el nombre de diez poetas, más allá de los nombrados, que recomiendo desde mi más sincera admiración. He optado por seleccionar diez mujeres, diez de mis poetas de referencia, porque creo que es de justicia. Ahí van y termino: Emily Dickinson, Wislawa Szymborska, María Victoria Atencia, Piedad Bonnett, Ángeles Mora, Aurora Luque, Anna Ajmátova, Claribel Alegría, Marina Tsvietáieva y Rosalía de Castro. Gracias por darme mucho y bueno.

JESÚS VILLEGAS SALDAÑA